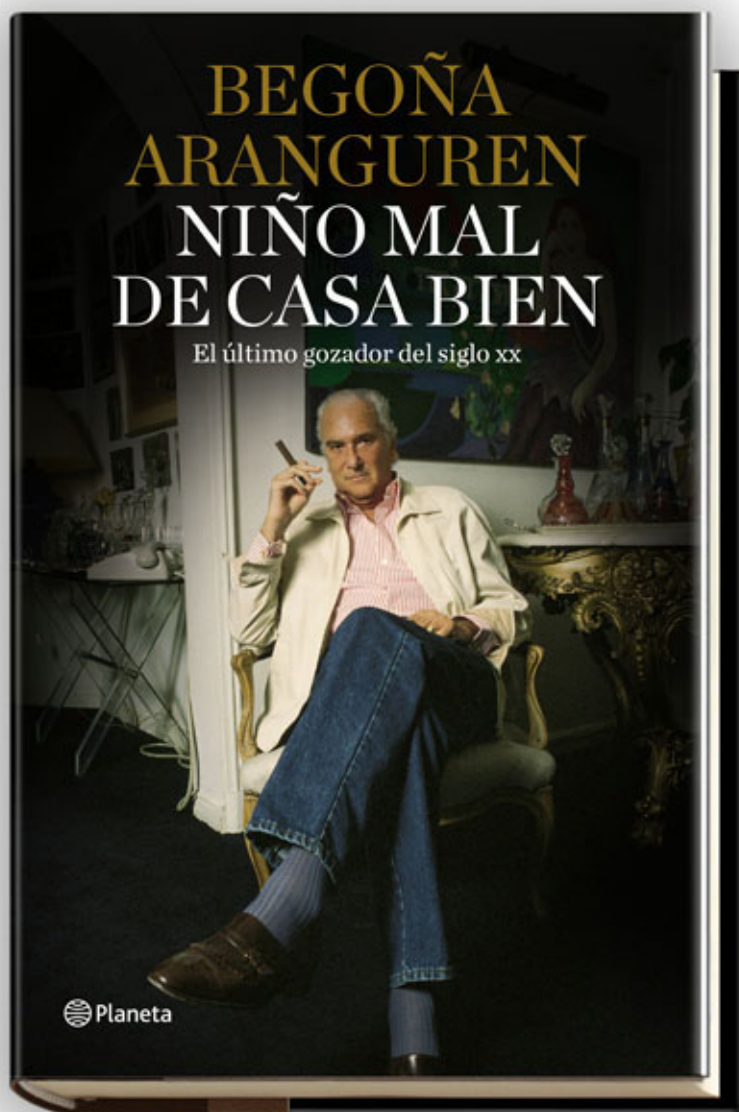


Fragmento

Niño mal de casa bien

Begoña Aranguren



Planeta

BEGOÑA ARANGUREN

NIÑO MAL DE CASA BIEN

El último gozador del siglo XX

Capítulo 25

Como pudimos atestiguar y calificarla de un trágala en toda regla, la boda del Príncipe Felipe con Letizia Ortiz Rocasolano tuvo lugar en Madrid. En mi opinión, es un craso error. En efecto, no del calado de lo que hubiera sido que contrajera matrimonio con Eva Sannum. Pero, en cualquier caso, una boda con la persona inadecuada.

Nada más lejos de mi intención que arremeter contra ella, como te dije que lo hace, sin cesar, Peñafiel. Antes que nada porque yo no soy monárquica, lo cual me exime de tomarme el asunto como algo propio. También por un principio de contradicción que me impide ir con la corriente. Las cartas están echadas. Están casados y tienen dos niñas. Algo que obligará al Gobierno de turno a llevar a efecto un cambio en la Constitución. De otro modo y, por más vueltas que le doy, no comprendo cómo va a resultar la Infanta Elena la única mujer en España que haya visto cercenados sus derechos.

En su momento hablamos de ello como un acto sumamente injusto. Pero ya era un hecho que tu salud flojeaba y tampoco nos adentrábamos a fondo en casi nada. Además de tu desinterés general por las cosas del mundo que nos rodeaba, parecía que, ganada la batalla de la Sannum, tú ya no estabas capacitado para librar ninguna otra. Así, aun con ese tono

de voz que ni siquiera intentaba disimular una evidente indignación, repetirías: «Ya que no es la mejor opción, a ver si al tratarse de una persona que pisa la tierra, que ha tenido que sacarse las castañas del fuego, puede enseñarle a ese niño de papá tan malcriado que la vida es dura. Y ni parecida a como nos gustaría que fuera.» Habría sido inútil que nadie tratara de mejorar la imagen que tenías sobre el heredero. Una vez te habías hecho tu propia opinión sobre alguien, era prácticamente imposible que rectificaras.

Debo añadir que yo tampoco podía haber hecho esa labor. A mí, la boda con Doña Letizia me parece un enorme disparate. Además de hacer tú el comentario del que acabo de dar cuenta, en un intento de equilibrar, insistías, francamente contrariado:

—Si hay alguna razón por la que me alegro de esa boda es porque al fin se han disipado tantas y tan tontas pretensiones de muchos aristócratas de tres al cuarto: esos que la critican puesto que, en una especie de delírium trémens, nunca habían dejado de contemplar la posibilidad de que el heredero se casara con su niña. Y, en último caso, con su nieta o con su sobrina.

—¿Tú crees? —preguntaba yo, incrédula.

—¡Claro, Begoña, no lo dudes!

—Pero si este chico nunca ha salido con..., digamos, con la gente que pudiera corresponderle, ¿cómo podían hacerse tan estúpida ilusión?

—Precisamente porque son muchos los que nos rodean que son estúpidos en grado sumo. Tienes razón cuando dices que él nunca salió con gente, digamos, de su entorno. Pero ese entorno quiso creer que una cosa era divertirse y que para eso tenía a Gigi, y otra muy diferente dar el paso del matrimonio, para lo cual... ¿quién podría encontrar mejor que su niña?

—¡Qué cosas dices! —En el fondo, yo, divertida. Llega-

dos aquí y, con un punto de asombro en mi voz, te tiraba de la lengua.

—¡Lo que te digo, vida! Con unas niñas que, apuesto doble contra sencillo, serán feas de dar un susto al miedo, además de provincianas, cortas de inteligencia y pretenciosas en grado sumo, que es lo que han visto en su casa.

—También las habrá normales.

—Sí, las habrá. Pero los papás y mamás de las más normales no actúan como verdaderos monárquicos y, por eso, la emprenden contra esta chica sin piedad de ninguna clase. Al revés, si fueran súbditos de fiar, deberían arroparla y procurar que fuese un matrimonio bien avenido. ¿O acaso no pueden ponerse en la piel del Monarca?

No me parecía que erraras en tu juicio. Desde una postura monárquica, después del lógico disgusto, lo coherente era apoyar al nuevo matrimonio, como mantenías. Entonces, al revés de lo que declaré unas líneas más arriba, debo aclararte que mi crítica llega desde un cómodo criterio que podemos permitirnos con relación a ese asunto todos aquellos que no somos monárquicos. A pesar de que, una vez más y como tú sabes bien, he de decirte que a mí la institución no me molesta en absoluto. Muy al contrario y, probablemente debido a los políticos que tenemos —de uno y otro lado—, me parece estupendo que existan unos señores civilizados, con un aspecto impecable y con mundo para que nos representen allende los mares. Unas personas que hablan idiomas y conocen al dedillo —entre otras cosas porque están, en muchos casos, emparentados con ellos— al resto de las viejas monarquías.

Creo que estamos en un momento en el que sería desastroso que no estuvieran ellos por encima de la mediocridad de los políticos que nos gobiernan. Unos señores continuamente a la gresca entre ellos, como nos dan ocasión de confirmar a diario. Los mismos que pasan la frontera y al llegar a San Juan

de Luz se encuentran perdidos, puesto que no son capaces de expresarse en ninguna lengua que no sea el castellano. Toda esta falta de preparación resulta inexplicable para unas personas que son jóvenes y que, ya por edad, se supone que algún idioma deberían haber aprendido en el bachillerato. Es entonces cuando, en ocasiones, comprendes que estén metidos en política. Y es que de haberse dedicado a la empresa privada no habrían contado con ninguna opción para escalar en ella. No existe empresa ni estamento, ni hotel ni chiringuito donde, en la actualidad, para fichar a alguien no se tenga en cuenta su auténtico conocimiento de las lenguas extranjeras.

Estarás de acuerdo conmigo en que, además de los muchos errores que hayan podido cometer con nosotros en la infancia, deberíamos manifestar nuestro agradecimiento por preocuparse de que fuésemos personas que pudiéramos defendernos en inglés y francés. No me estoy comparando contigo. Creo no exagerar nada si digo que eran cinco o seis los idiomas en los que te manejabas sin el menor problema. Ten en cuenta que tanto mi niñez como mi adolescencia estuvieron marcadas por la triste realidad de un país cerrado a cal y canto. No obstante, tuve la suerte de tener un padre que, a los veintidós años, acabó la carrera en Alemania y que, previamente, hablaba perfectamente inglés y francés. De ahí que mientras unos niños tenían «seño» —figura imprescindible, de otro lado, de una cierta clase social *so, so middle class*, que dirías tú, tan pijo a veces—, nosotros teníamos aña, *miss* o *mademoiselle*, a no ser que fuésemos aún niños pequeños, de un vulgar quiero y no puedo, a los que delataba su desinterés por las lenguas, puesto que son los mismos que de bebés habían sido criados por una tata. ¿A que sí? Y la «seño» sólo entre el aña y la *mademoiselle*.

Mira, el otro día se encontraba nada menos que presidiendo una cumbre política uno de nuestros dirigentes y, al

no funcionarle el micrófono —con el traductor simultáneo incluido—, todos los demás tuvieron que esperar a que solucionaran el problema técnico. Mientras tanto, no pudo siquiera desear los buenos días a los allí presentes. Es decir, no se espera que hablen idiomas en profundidad —aunque sería lo deseable— como para poder mantener una conversación sobre el porcentaje del IBEX correspondiente al primer semestre del año en curso en las bolsas internacionales, ni nada parecido. Es que no saben saludar siquiera. Y me entenderás si te confieso que una se pregunta: ¿no podrían comenzar, como si de una prioridad se tratara, por esas lecciones que muchos dimos de pequeños? *The door is green, my taylor is rich...*

Una vez hecho este reproche en el que, desde que nos conocemos, hemos insistido hasta el infinito, y que, entre otras cosas, trata de explicar mi deseo de que los Reyes nos amparen, permíteme —¡me consta y me enorgullece saber que siempre fuiste tan complaciente conmigo como con nadie más en el mundo!— seguir haciendo una crítica como cualquier república-monárquica de pro que no se siente mal —más bien todo lo contrario— por decir lo que piensa. Mi comprensión es mucho mayor hacia la figura de la Princesa de Asturias que hacia el heredero. Nadie en su lugar, además de por puro amor —cosa que no pongo en duda—, habría rechazado la posibilidad que Don Felipe le ponía en bandeja. Es la mentalidad de él la que no logro entender por varias razones.

Como primera medida, el Príncipe de Asturias se enamora de ella mientras mira la televisión. Este hecho, así contado —es lo que nos dijeron—, puede ser interpretado de dos únicas maneras: bien como una romanticidad o, de otro modo, como propio de alguien muy solitario y descentrado que, yendo al ritmo de los tiempos que corren, cae herido de amor de manera virtual. Ahora te imagino riendo con esa carcajada que me estremece y, al mismo tiempo, dudando de si tengo razón y

no voy desencaminada, o creyendo que lo que digo es una enorme tontería. Te reconozco, de nuevo, que se trata de un pensamiento muy de mujer. Vosotros, casi siempre más magnánimos y con más grandeza de alma, ni os lo plantearíais. Si te digo la verdad, siempre lucho por intentar no pensar mal de antemano. Incluso prefiero ser engañada que pasarme el día temiendo que alguien quiera hacerlo. No me compensa. Eso sí: si me engañan una vez y lo descubro, también será la última. Es imposible explicarte hasta qué punto voy, con los años, siendo tajante en todo lo que concierne a la lealtad...

Pero volviendo al asunto que nos ocupa, debo decir que a mí me produciría una inquietud manifiesta el saber que un hijo mío ha sido capturado por Cupido de esa guisa. A lo que hay que añadir de inmediato que tanto mi hijo como yo o la inmensa mayoría de los españoles no nos representamos más que a nosotros mismos. De ahí que nuestra responsabilidad a la hora de asumir un «pálpito» de este tipo no tenga nada que ver con la que recae sobre los hombros de Don Felipe.

Mucho menos normal me parece que insista en su virtual locura de amor cuando se pone a investigar y descubre que la presentadora que le ha seducido es una chica divorciada y, por tanto, casada con anterioridad por lo civil. Algo que, a todas luces, significa que no es creyente. Supuesto que no tarda en confirmar la propia interesada —pues no era posible ocultarlo—, mientras la Casa Real mira hacia otro lado y silba... De paso, da a conocer —ahora me refiero a ella y no a la Casa— su ideología republicana y, en absoluto, monárquica. Al parecer, en ella se trata de una ideología sin fisuras ni matices. Y, para colmo, estas declaraciones las hace no con dieciocho o veinte años, sino siendo ya una mujer hecha y derecha.

Así, la historia de amor que nos presentan como algo consumado, no es objetivamente fácil de asumir: de un lado,

cuenta con un ex marido que no sabemos a qué acuerdo se habrá llegado con él para tenerlo callado hoy, cuando todo el mundo habla de su intimidad y de la de otros sin pudor alguno. De otro, tenemos una mujer de ideología contraria a la Corona y, como guinda, se casó en su día civilmente, por pura coherencia con sus creencias.

Es esta misma chica la que vimos, en un espacio corto de tiempo, entrar en una catedral vestida de blanco para contraer matrimonio canónico, y nada menos que con el heredero al trono de España. Luego, la gente, siempre tan superficial —no llegan a alcanzar el calificativo de frívolos, para lo que se necesita más enjundia—, comenta que su abuelo es taxista, la madre sindicalista y una larga retahíla de detalles que, como venden, las cámaras de las distintas cadenas se ponen a grabar a unos y otros como en un afán buenista de que no se nos olviden sus raíces. Tú dirás lo que quieras, pero nada de ello se sostiene. Y me consta que con todo este disparate que tuvimos que presenciar, lo has pasado no mal, sino fatal.

Y lo que más puede molestarte: el pueblo se alegra mucho. Se alegra mucho puesto que opina que ya era hora de que la Familia Real se acercara a ellos. Que dejara de estar en la inopia, en las altas esferas. Y, por esta razón, son ahora las amas de casa —¡me da igual que me lo discutas o no!— las que creen que, al fin, vivimos en un país en el que cualquiera puede convertirse en reina de la noche a la mañana. No me parece lo más grave la profesión del abuelo —pobre hombre, que bastante discreto fue con la que se le vino encima, como decías con toda la razón—, pero mentiría si no dijera que todos aquellos que hemos estado casados —máxime si ha sido más de una vez, y tú aquí bates récord— hemos aprendido algo que es irrefutable: la convivencia es dura y se asemeja a una vela que hay que mantener constantemente encendida. Algo que se transforma en más difícil aún teniendo en cuenta la

abismal dificultad que supone una convivencia con una persona educada de manera opuesta a la tuya. Ésta, más que cualquier otra cosa, debe ser pareja, como requisito imprescindible para salir airoso de tan complicada aventura como es el matrimonio.

Sé muy bien hasta qué punto puede ser el Rey un encantador de serpientes, señoras, niños o perros. No sólo me lo has contado, sino que lo he visto y me ha dado pena no tener más oportunidad de verlo de nuevo. Posee algo innato, que es un don y no se compra. Y, sin embargo, se trata de una de las cosas más positivas que uno puede tener en la vida. La simpatía innata que consigue hacerlo amable —en la más amplia extensión de la palabra— para todo aquel que lo conoce. A esta incuestionable ventaja de partida hay que añadirle su inmenso atractivo físico. Siempre comentábamos que él, como el buen vino, e, incluso, como tú mismo, ha ido a mejor con los años. En el caso de las mujeres, como te decía en otro capítulo, no se da sino todo lo contrario. De ahí que con frecuencia no susciten sobre ti ningún entusiasmo las guapas a primera vista: «Sí. En la actualidad es guapa. O, no es guapa, lo que tiene son pocos años. Me gustaría ver a ésta con sesenta, que es cuando el conjunto de una mujer —desde los huesos a la sonrisa— le hace justicia.» A vosotros, en igualdad de condiciones, os ocurre exactamente lo mismo. Y lo digo porque es una faena que clama al cielo: estoy harta de conocer hombres imponentes que, para cuando vuelves a encontrarlos, son prácticamente irreconocibles: han engordado, tienen barriga y papada, la cara roja de bebedor pertinaz y, en lugar de una calva bonita, una horrorosa. En fin, que el tío en cuestión es un saldo.

No tengo la menor duda de que en los guapos de verdad el proceso es absolutamente el contrario: comenzáis por ser unos chicos larguiruchos, con clase y poco más. Pasáis a convertirlos en unos hombres estrechos, delgadísimos y altos, como sables.

Lo que podría llamarse guapos en cartel y faltos de todo atractivo para, finalmente, convertirlos en unos monumentos de entidad con cabeza poderosa, anchos sin estar gordos, altos y dueños de vuestro cuerpo, cómodos en él. Es en ese momento en el que platean las sienes —como en el tango—, en que a la vista está que contáis con un pasado, en general más que intenso, que refleja vuestra mirada llena de misterio, cuando, en mi opinión, puede decirse de vosotros que sois unos hombres cuajados. ¡Y muy bien cuajados! En este sentido, el desarrollo físico del Rey —parecía un niño-pájaro cuando Franco exigió a su padre que lo mandara a España a estudiar— y el tuyo no han sido opuestos.

Luego te sigo hablando sobre Don Juan Carlos.